

# Paul Krugman

## Después de Bush. El fin de los «neocons» y la hora de los demócratas

Crítica, Barcelona, 2008, 329 págs.



Guillermo Santander Campos  
Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI)

**A**ntes de acometer su lectura, al menos dos elementos nos anticipan el interés de *Después de Bush. El fin de los «neocons» y la hora de los demócratas*<sup>1</sup>. El primero de ellos es el hecho de que su autor, Paul Krugman, sea actualmente uno de los economistas más prestigiosos, como acredita su reciente reconocimiento como Premio Nobel de Economía, y se haya convertido, además, en un influyente analista político de la realidad estadounidense. El segundo, la poderosa actualidad del libro, que aborda un análisis de la política económica contemporánea de Estados Unidos, desde una posición crítica con el movimiento conservador y la Administración Bush, en un momento de especial expectación ante el inminente traspaso de poderes al nuevo presidente demócrata Barack Obama. Y, efectivamente, el libro no defrauda estas expectativas, conjugando el extenso conocimiento de la temática tratada—en un tono claramente divulgativo— con un estimulante recorrido histórico, a través del que tratará de extraer las lecciones aprendidas, articulando, a partir de ellas, un conjunto de orientaciones de interés para el futuro inmediato de Estados Unidos.

Para interpretar la evolución de la política económica estadounidense, Krugman atenderá a dos grandes ejes analíticos. El primero de ellos, de tipo económico, es el que va desde una elevada desigualdad hasta una relativa igualdad. El segundo, de carácter político, comprende desde la polarización extrema entre los dos grandes partidos—republicano y demócrata— hasta lo que denomina un «bipartidismo constructivo», caracterizado por la cooperación política en torno a unos consensos básicos. Para Krugman, los procesos que discurren a lo largo de estos ejes no se desarrollan de manera independiente, sino que existe una fuerte correlación histórica entre desigualdad económica y polarización política, así como entre cohesión económica y cooperación bipartidista, pudiéndose establecer una causalidad entre ambas. Ahora bien, una cosa es constatar que existe una relación de causalidad entre desigualdad económica y polarización política, y otra distinta—y es aquí donde aparece la tesis más atrevida de Krugman en la presente obra—, es tratar de descifrar la dirección que sigue dicha causalidad o, dicho de otro modo, contestar a la pregunta de si es la desigualdad económica la que ha conducido a la polarización política o si dicha causalidad hay que establecerla en sentido contrario.

La visión predominante a la hora de responder a esta cuestión ha sido la consistente en anteponer el hecho económico al político, considerando que es la desigualdad económica la que expli-

<sup>1</sup> La versión original de este libro, editada en inglés, puede encontrarse en Paul Krugman (2007): *The Conscience of a Liberal*, W. W. Norton and Company, Nueva York.

caría la subsiguiente polarización política. Esta explicación se basaría en el supuesto de que fenómenos como el cambio tecnológico y la globalización han ocasionado una distribución más desigual de los ingresos, favoreciendo la emergencia de una élite minoritaria en el seno de la sociedad estadounidense. Ante esta situación, el Partido Republicano habría optado por representar los intereses de este estrato económicamente privilegiado, cuya inferioridad numérica se vería electoralmente compensada con su mayor capacidad económica a la hora de financiar las campañas. Así, el resultado sería una notable polarización política, donde el Partido Republicano se erigiría en el partido abanderado de los beneficiados por la creciente desigualdad económica, mientras el Partido Demócrata trataría de representar a los perjudicados por tal distribución de ingresos.

No del todo satisfecho con esta explicación que, sin embargo, reconoce haber compartido en el momento de iniciar la presente obra, Krugman propone una segunda visión, basada en una inversión en los términos de la causalidad entre desigualdad económica y polarización política. Dará así preeminencia a la política frente a la economía, sugiriendo una «historia alternativa» sustentada en la tesis de que es la creciente polarización política experimentada entre ambos partidos la que habría dado lugar a la agudización de las desigualdades económicas. Tal polarización política, además, no respondería a equivalentes movimientos de cada partido hacia posiciones más extremas de sus espectros ideológicos, sino que sería el resultado de una carrera en solitario del Partido Republicano hacia posiciones situadas más a la derecha, explicada por Krugman a partir de la enorme influencia adquirida por el movimiento conservador dentro del propio partido y cuyos posicionamientos serían los responsables de la radicalización de la vida política estadounidense y del aumento de las desigualdades económicas en el seno de su sociedad.

Con el fin de sustentar este argumento, Krugman realizará un interesante recorrido por la historia contemporánea estadounidense que cabe estructurar en tres grandes etapas. La primera de ellas, la *larga edad dorada*, se desarrolla desde el final de la guerra civil estadounidense (1861-1865) hasta la crisis de 1929. Esta etapa se caracterizó por un fuerte proceso de reconstrucción económica, que se vio acompañado de un incremento de las desigualdades en el seno de un «sistema político nominalmente democrático que no representaba, de hecho, los intereses de la mayoría» (pág. 23). Para Krugman, el hecho de que durante todo este período, y significativamente en la propia década de 1920, persistiera un elevado nivel de desigualdad, refuta la idea de que la emergencia de las clases medias sea un resultado espontáneo del desarrollo económico de un país. Más bien al contrario, el autor sostiene, anteponiendo el hecho político al económico, que han de articularse medidas políticas específicas para alentar el surgimiento y consolidación de estas clases medias. Así, durante la *larga edad dorada*, la ausencia de estas acciones políticas contribuyó a la polarización económica y al mantenimiento de la desigualdad imperante, en una sociedad donde un pequeño conjunto de grandes fortunas acaparaban buena parte de la riqueza del país. Una desigualdad económica que, además, reflejaba la debilidad negociadora en la que se encontraban los trabajadores y sectores más desfavorecidos, que no contaban con ningún tipo de protección social en un momento histórico donde este tipo de iniciativas ya estaban siendo contempladas por otros países. La desposesión efectiva del derecho al voto sufrido por muchos trabajadores, la persistencia de políticas segregacionistas, la superior capacidad financiera del partido republicano y el «omnipresente fraude electoral» (pág. 33), del que participaban ambos partidos, pero con mayor eficacia por parte del partido

republicano, son algunas de las razones que Krugman aduce para explicar las victorias electorales republicanas de la época. Todo ello, en definitiva, habría impedido que durante la *larga edad dorada* pudiera emerger con fuerza una alternativa política que tratase de mitigar la extrema desigualdad imperante.

La segunda etapa, que comprenderá desde la década de 1930 hasta la crisis de 1973, se iniciaría con lo que los historiadores económicos Goldin y Margo (1992) bautizarían como la *gran compresión* y la puesta en marcha del *new deal* por parte del presidente demócrata Franklin D. Roosevelt. La *gran compresión*, entendida como el proceso de reducción de la brecha salarial y de cohesión económica que se experimentó en Estados Unidos desde el fin de la *gran depresión* de 1929 hasta la década de 1950, constituye para Krugman un claro revulsivo contra el fatalismo que preconiza que la desigualdad económica polarizante y la destrucción de las clases medias escapan a cualquier control y responden a las fuerzas impersonales del mercado. Lejos de esta visión, este período constataría, en cambio, que se pueden lograr avances hacia una distribución más equitativa de la riqueza mediante la acción y reforma políticas, contribuyendo, con ello, a la estabilidad democrática. Así, la acción política de los presidentes demócratas Roosevelt y Truman, fundamentalmente mediante cambios en la fiscalidad y el aumento del peso del sector público en la economía, habría estimulado un mejor reparto de la riqueza y el fortalecimiento de la clase media estadounidense, sentando además las bases para la expansión de un largo ciclo económico de prosperidad y bienestar. Resultado de las políticas de la *gran compresión* y del *new deal* sería, por tanto, el hecho de que los trabajadores disfrutasen no sólo de mayores recursos económicos que durante la *larga edad dorada*, sino también de mayores niveles de protección derivados de las prestaciones sociales a las que comenzaron a tener acceso, como fueron las correspondientes a la Seguridad Social y el seguro de desempleo creados en la época.

En cualquier caso, y en buena medida por la influencia ejercida por las ideas de Kuznets<sup>2</sup>, si bien tendió a asumirse que las desigualdades inherentes a la *larga edad dorada* habían sido una suerte de peaje a abonar en el camino hacia el desarrollo económico, la situación económica de mediados de la década de 1980, como se verá más adelante, caracterizada por un retorno del aumento de las desigualdades, vendrá de nuevo a poner de manifiesto, según Krugman, que la cohesión económica no es resultado espontáneo del desarrollo económico, sino que obedece a acciones políticas específicas. Y, en el logro del mejor reparto de la riqueza del país durante la *gran compresión*, Krugman no dudará en atribuir un papel especialmente relevante al fortalecimiento experimentado en dicho período por los sindicatos, cuya actividad resultó clave para la reducción de las brechas salariales.

No obstante, pese a los avances sociales obtenidos por los presidentes demócratas en las décadas de 1930 y 1940, en las elecciones presidenciales de 1953 el Partido Republicano, representado por Dwight D. Eisenhower, se alzaría de nuevo con la presidencia de los Estados Unidos. Ahora bien, se trataba de un partido republicano mucho más centrado y moderado, en el que su victorioso candidato se había enfrentado a aquellos miembros del propio partido que abogaban por la eliminación de los logros socioeconómicos alcanzados por el *new deal*. Ello retrataría una clara

---

<sup>2</sup> A este respecto puede verse, entre otros, KUZNETS Simon (1955): «Economic Growth and Income Inequality», *The American Economic Review*, vol. 45, n.º 1, págs. 1-28

mitigación de la polarización política del país –que Krugman fundamentará empíricamente a través de un indicador elaborado por los investigadores McCarty, Poole y Rosenthal (2006) a partir de las votaciones emitidas por los congresistas de uno y otro partido–, asumiendo ambos partidos unos consensos básicos en torno a las bondades del *new deal*. Así, en las décadas de 1950 y 1960, el partido republicano ya no encarnaba el conservadurismo económico representativo de una élite minoritaria de la sociedad estadounidense, sino que agrupaba una base electoral más amplia en un clima de moderación política y tácitos acuerdos sociales bipartidistas.

Sin embargo, en la tercera etapa, que comprende desde mediados de la década de 1970 hasta la actualidad, vuelve a asistirse a un nuevo proceso de polarización política y consiguiente aumento de las desigualdades económicas. Aunque esta fase tiene su punto de arranque en la crisis de 1973, Krugman advierte que su gestación empieza a ser visible a mediados de la década de 1960. Es en esos años en los que comienza a ganar fuerza el movimiento conservador, aprendiendo los republicanos a «sacar partido de los miedos y prejuicios sociales emergentes» (pág. 96) en el convulso contexto sociopolítico del movimiento pro derechos civiles. De esta forma, si por un lado resultaba una consecuencia lógica que el Partido Demócrata, como impulsor del *new deal*, se erigiese en abanderado de la lucha contra la segregación racial y apoyase el movimiento pro derechos civiles –entre otras cosas porque era la población negra la que mayor interés podía tener en una distribución más equitativa de los recursos–, por otro lado, el Partido Republicano trató de canalizar en su favor la ola de miedo e inquietud que surgió en amplios sectores de la sociedad estadounidense a raíz de los crecientes enfrentamientos y agitaciones sociales de la época. Encontraba así el movimiento conservador un terreno abonado para vincular el avance en los derechos civiles con el desorden social y, según Krugman con el fin último de revocar los logros del *new deal*, lanzar el mensaje de que estaban proliferando sectores parasitarios que vivían gracias a los programas de ayuda financiados con los impuestos cada vez mayores de la gente honrada. Ello estaría en la base de la escisión provocada por la cuestión racial, que iría minando el amplio consenso político que se había logrado en las décadas precedentes en torno al *new deal* y que desembocaría en nuevas victorias electorales conservadoras y la supeditación de los intereses de la mayoría de estadounidenses a los de una élite adinerada.

Se entra así, desde la década de 1970, en un nuevo período de polarización política conducente a un fuerte incremento de las desigualdades económicas, cuyas consecuencias alcanzan la sociedad estadounidense actual. Sin embargo, para Krugman, los economistas han ido paulatinamente asumiendo que ya no cabe explicar los aumentos de la inequidad económica sobre la base de las meras fuerzas impersonales del mercado. El recorrido histórico realizado ilustraría que son los cambios producidos en las normas e instituciones, derivados de opciones políticas, los que mejor explican estos vaivenes en la distribución de la riqueza del país. Es desde este punto de vista desde el que cabe explicar la drástica reducción experimentada por la desigualdad durante la *gran compresión* y el *new deal*, y desde el que poder abordar la posterior «excepcionalidad estadounidense», es decir, el hecho de que ningún otro país rico haya padecido aumentos similares de sus desigualdades económicas internas. En palabras de Krugman, «hay fundadas razones para creer que las instituciones y las normas, más que la tecnología y la globalización, son las causas principales de la creciente desigualdad» (pág. 159) y, en esa lógica, son las políticas aplicadas por la Administración Bush, a través de recortes fiscales y reducciones del

gasto social, las responsables del aumento de las desigualdades en Estados Unidos.

Pero, ¿cómo un movimiento que representa a una minoría y promueve políticas contrarias a los intereses de la mayoría puede ganar las elecciones? El autor responde a esta pregunta alegando que los conservadores han sabido desarrollar técnicas eficaces para distraer el debate y manipular en su favor a la opinión pública estadounidense. Sin obviar las apelaciones relativas a cuestiones de política exterior y seguridad nacional, o a los valores religiosos y morales, el movimiento conservador supo valerse, principalmente, de la cuestión racial, explotando la animadversión de un buen número de electores blancos conservadores a las conquistas sociales del movimiento pro derechos civiles y a los avances sociales emanados del *new deal*. Cuestiones que, en cualquier caso, Krugman considera que están perdiendo efectividad, poniendo en entredicho la estrategia conservadora. A modo de ejemplo, el tratamiento de la inmigración está provocando escisiones dentro del propio movimiento conservador, por cuanto si bien un sector mantiene posturas ideológicas manifiestamente contrarias a la misma, otro sector, ligado a intereses empresariales, mantiene un discurso más receptivo en la búsqueda de mano de obra abundante y barata.

Pero si hay una cuestión que debe responder a acciones políticas deliberadas y, según Krugman, urge afrontar para contribuir a la reducción de las desigualdades económicas imperantes en la sociedad estadounidense, ésta es la desprotección a la que actualmente se ve expuesto alrededor de un 15% de la población estadounidense o, dicho de otro modo, la necesidad de acometer las reformas precisas para universalizar la asistencia sanitaria. Un sistema sanitario público que dé cobertura a las necesidades médicas del conjunto de su ciudadanía, no sólo es moral y éticamente deseable sino, además –y a esta cuestión dedica el autor varias páginas– presentaría menores gastos económicos y, lo que es más importante, supondría una revitalización del débil Estado del Bienestar en Estados Unidos, acercándolo a los parámetros del resto de los países ricos. Por estas razones, y pese a la férrea oposición que encontrará por parte del movimiento conservador, de las compañías aseguradoras y de la industria farmacéutica, Krugman considera que la reforma sanitaria debería constituir la «prioridad absoluta» del programa político de los demócratas, poniendo los cimientos de un renovado *new deal* que permitiese reducir las disparidades económicas y que vuelva «a hacer de Estados Unidos una nación de clases medias» (pág. 293).

En definitiva, a lo largo de esta obra, Krugman no sólo defiende la capacidad de gobierno sobre la economía, sino que aboga por la implementación de acciones correctoras concretas para atajar la desigualdad y cohesionar la sociedad estadounidense, frente a aquellos sectores interesados en presentar el incremento de las desigualdades como un hecho consustancial al desarrollo económico y a las inexorables fuerzas del mercado. Queda por ver si la nueva Administración demócrata, con Barack Obama a la cabeza, toma buena nota de las reflexiones destiladas en este libro por parte de quien se ha convertido en uno de sus principales militantes. Unas reflexiones que no por tener un tono claramente partidista, como el propio Krugman reconoce, dejan de ser extraordinariamente certeras, incidiendo en problemas esenciales de la sociedad estadounidense contemporánea.

## Referencias

- GOLDIN, Claudia y MARGO, Robert (1992): «The Great Compression: The Wage Structure in the United States at Mid-Century», *Quarterly Journal of Economics*, 107, n.º 1, págs. 1-34.
- KUZNETS, Simon (1955): «Economic Growth and Income Inequality», *The American Economic Review*, vol. 45, n.º 1, págs. 1-28.
- MCCARTY, Nolan; POOLE, Keith y ROSENTHAL, Howard (2006): *Polarized America: The Dance of Ideology and Unequal Riches*, MIT Press.